

Mitos 1

Hernando María Linari

Mitos 1

Imágenes ancestrales
para nuestros héroes de mañana



**Editorial de la
Universidad del Aconcagua**

Linari, Hernando María

Mitos I : imágenes ancestrales para nuestros héroes de mañana . - 1a ed. -
Mendoza : Universidad del Aconcagua, 2012.

168 p. ; 21x16 cm.

ISBN 978-987-1511-32-7

1. Autoayuda. 2. Superación Personal. I. Título.

CDD 158.1

Diagramación y diseño de tapa: Arq. Gustavo Cadile.

La imagen que ilustra la portada se titula *Eco y Narciso* (1903), es obra de *John William Waterhouse* (1849-1917). Oleo sobre tela, 109,20 x 189,20. Walker Art Gallery, Liverpool.

Copyright by Editorial de la Universidad del Aconcagua.

Catamarca 147 (M5500CKC) Mendoza.

Teléfono (0261) 5201681.

Correo electrónico: editorial@uda.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

Impreso en Argentina.

Primera edición: julio de 2012.

ISBN: 978-987-1511-32-7.

Reservados todos los derechos. No está permitido reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir ninguna parte de esta publicación, cualquiera sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc. –, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

A mi pasado y a mi futuro:

a mi padre y a mi hijo.

Como suele ocurrir en todos estos casos, el agradecimiento es un acto de justicia que se queda corto, puesto que no es posible hacer presentes a todos los que lo merecen. Pero quisiera nombrar a la gente que se encolumnó detrás de este proyecto con entusiasmo y me acompañó desde que la idea fue concebida para que pudiera tomar forma.

En primer lugar quisiera agradecer a Gustavo, quien permanentemente me aconsejó y fue iluminando el trabajo con ideas, propuestas y reflexiones; culminando su aporte con la diagramación y edición del mismo. Alguien sabiamente lo definió como “*quien posee la capacidad de mirar más allá*”. Para pergeñar este proyecto e impulsarlo no puedo dejar de recordar a Juan Pablo.

A mi familia por celebrar el proyecto, particularmente a Evangelina y Liliana por tomarse el trabajo de leer los borradores y sugerir modificaciones ordenadas al estilo y al fortalecimiento de ideas que lleguen al corazón joven...

A mis alumnos, porque cada clase no es sino un “encuentro” donde juntos realizamos travesías. Tal vez algo aprendan de este profesor, pero su principal maestro está dentro suyo, y a mí lo que me queda es que aprendan a encontrarlo y a escucharlo. Lo que sí es seguro, es que de estos “encuentros” quien más aprende, soy yo.

Mi recuerdo viaja hacia atrás, a mis alumnos de Guayaquil, a los de Trujuy en la Provincia de Buenos Aires, a los grupos de jóvenes en San José, en Barrio Sarmiento y en Villa de Mayo (hoy Partido de Malvinas Argentinas), como un homenaje y con la esperanza de que se constituyan en los verdaderos *héroes* que nuestra sociedad reclama.

Nando
Junio de 2012

Índice

| | |
|--|----|
| Prólogo..... | 15 |
| Introducción | 19 |
| La búsqueda de sentido como orientación fundamental de la existencia .. | 19 |
| En busca de la <i>sabiduría</i> | 21 |
| Los “engaños” que enturbian la mirada..... | 25 |
| La sabiduría probada | 27 |
| El derrotero personal como la búsqueda de sentido | 29 |
| Los mitos seleccionados | 31 |
| | |
| 1- <i>Prometeo</i> , “El anhelo de ser más” | 35 |
| Introducción | 35 |
| La historia..... | 36 |
| Aplicación | 39 |
| a) El desafío a los límites y la rebeldía | 39 |
| b) Atreverse y jugarse con nobleza | 41 |
| c) La necesidad de los límites y cauces..... | 43 |
| d) La <i>prudencia</i> : no todo lo que brilla es oro..... | 46 |
| e) Las <i>idolatrías</i> de la modernidad | 50 |
| | |
| 1 bis- <i>Epimeteo</i> y <i>Pandora</i> , “Entre la mediocridad y el dejarse usar” | 53 |
| Aplicación | 53 |
| a) Los peligros de la <i>mediocridad</i> | 53 |

| | |
|---|-----|
| b) Hacerse cargo de las consecuencias de los propios actos..... | 56 |
| c) ¿Por qué hay sufrimiento en el mundo? | 58 |
| d) La <i>sabiduría</i> : una mirada a través de las lágrimas | 60 |
| | |
| 2- <i>Narciso, Aminias y Eco</i> , “La caricatura del amor y la belleza”..... | 63 |
| Introducción | 63 |
| La historia | 65 |
| Aplicación | 67 |
| a) Cada tiempo con sus propios males..... | 67 |
| b) Los verdaderos peligros que deben atender..... | 69 |
| c) El proceso de despersonalización | 71 |
| d) La falacia de vivir de la imagen | 73 |
| e) La desnaturalización del <i>amor</i> | 75 |
| | |
| 3- <i>Dédalo e Ícaro</i> , “La pretensión de volar más alto que lo debido”..... | 79 |
| Introducción | 79 |
| La historia | 81 |
| Aplicación | 84 |
| a) <i>Teseo</i> : el orgullo de saber “hacerse-cargo” | 84 |
| b) Las “alas”: la libertad y el protagonismo puestos a prueba | 91 |
| c) <i>Minos y Ariadna, Dédalo e Ícaro</i> : las relaciones entre padres e hijos..... | 93 |
| d) Nuestros propios <i>laberintos</i> | 96 |
| | |
| 4- <i>Belerofonte y la Quimera</i> , “Sobre sueños, ilusiones y utopías” | 99 |
| Introducción | 99 |
| La historia | 104 |
| Aplicación | 106 |
| a) Diversos tipos de “sueños” | 106 |
| b) El origen de la tragedia: la cuestión de los “fines” y los “medios” | 107 |
| c) La acción silenciosa de la <i>corrupción</i> | 111 |
| d) Las “quimeras” arruinan vidas | 114 |

| | |
|--|-----|
| 5- <i>Orfeo y Eurídice</i> , “El amor capaz de descender al Inframundo” | 119 |
| Introducción | 119 |
| La historia..... | 121 |
| Aplicación | 124 |
| a) Algo acerca del <i>amor</i> en nuestra modernidad..... | 124 |
| b) El amor en <i>Orfeo y Eurídice</i> | 127 |
| c) Diferentes tipos de “descensos” | 129 |
| d) El “descenso” al Inframundo | 134 |
| | |
| 6- <i>Heracles</i> , “La búsqueda del Sentido y la construcción del Destino” | 141 |
| Introducción | 141 |
| La historia..... | 144 |
| Los comienzos | 144 |
| Los doce trabajos de <i>Heracles</i> | 147 |
| Camino al Olimpo..... | 149 |
| Aplicación | 152 |
| a) Las hazañas de <i>Heracles</i> | 152 |
| b) Entre las hazañas de <i>Heracles</i> y la de los héroes de mañana..... | 155 |
| c) Los trabajos de ustedes | 157 |
| d) El gran aprendizaje | 160 |
| e) Acerca de la lengua que destila veneno | 160 |
| | |
| Conclusión, “Hacerte héroe consumando tus propias travesías” | 165 |

Prólogo

Éste es un libro que nace del alma en el momento de plenitud de la vida cuando ya el autor bebió lo que pudo –y pudo mucho– de las fuentes del saber. También vivió lo suficiente para conocer el mundo en que vivimos, la naturaleza del hombre y entonces... todos los saberes y vivencias pugnan por salir.

En la construcción del libro confluyen la erudición –fundamento sólido que acrecienta la riqueza espiritual– el pensamiento riguroso para sistematizar los contenidos, el silencio reflexivo y el deseo indeclinable de poder expresarlos.

El autor ha ordenado todo el material para volcarlo de manera progresiva hacia el objetivo que se propone: **Hacer que los jóvenes reflexionen acerca del hombre, sus aspiraciones, sus frustraciones, su libertad y sus límites.** Está destinado a hacer valer la palabra contra el aturdimiento devastador que tratan de imponernos los poderes comerciales y políticos que nos avasallan cada día. Ellos quieren convertir al hombre en “masa”, a quien se ordena y obedece. En efecto, mucha televisión chatarra, bastante prensa manipuladora, la propaganda

sensacionalista, la música ensordecedora, intentan convertirnos en autómatas de la información y consumidores de bienes superfluos.

La reflexión se propone a partir de un viaje hacia los mitos, ese género querible que cautivó nuestra infancia, cuando sólo nos interesaba la historia (la secuencia de los hechos que le acaecen a un personaje en un determinado tiempo y lugar). Los mitos nos hablan de las verdades que anidan en el corazón del hombre. “Cuentan –como dice el autor– historias que reflejan la condición humana, conducen a los hombres no sólo a conocer la realidad sino a conocerse a sí mismos”.

Los destinatarios del libro son los jóvenes –“nuestros héroes de mañana”– para que busquen, encuentren y cuiden el sentido de su vida. Está dedicado a su padre –que lo formó– y también a su hijo –el futuro–.

La idea del libro surgió de las clases que el Profesor Linari tenía con sus alumnos actuales, cuando él presentaba los mitos y en ese “encuentro entre emisor, mensaje y receptor” surgía el análisis, la reflexión y la transpolación de los temas y situaciones a la actualidad. Por eso les agradece a ellos y también a todas las promociones de alumnos a quienes tuvo el privilegio de darles clase. El autor trabaja el material como un **maestro** (el que da sin quedarse nada) al que le interesa “ser puente” entre los saberes y los jóvenes y sabe que “ser puente” es provisorio porque acaba cuando el discípulo es “puente” a su vez frente a otros destinatarios.

El libro consta de una introducción en la que el autor nos invita a “saborear” (con la plenitud de todos nuestros sentidos), a disfrutar no sólo de lo material sino de otras cosas: leer un buen libro, ver

una película movilizadora, gozar de un paisaje, percibir algo casi inmaterial como la suave brisa que despeina nuestros cabellos una mañana de otoño, estar con quien uno ama (el amado, el amigo), una rica comida, un partido de fútbol, en fin... “Saborear”, que es “carpe diem” (gozar el día), nos traslada a una contemplación nueva de la realidad que nos circunda, a una reflexión bastante difícil en el vértigo de la vida actual. El saborear nos lleva a la búsqueda del sentido de las cosas, que implica la necesidad de aceptarse a uno mismo, el conocerse y cuidarse. ¿Para qué? Pues para elaborar un plan con el propósito de llegar a la sabiduría. Esta nos conduce a la esencia de las cosas: la verdad.

Saborear (medio) es el camino (proceso) hacia la sabiduría (meta). En ese camino, que se revela caminando, es decir, viviendo, el joven va trazando un plan. Oirá voces que le dan señales y otras que “como cantos de sirena” lo alejan del plan. Oirá su voz interior –reconocerá su “don”– y, humildemente, deberá discernir y ese discernimiento lo conducirá hacia la verdad. No es una utopía. Todos tenemos un plan y, aun cuando se caiga muchas veces y se lo adapte a las circunstancias que nos toca vivir, la meta debe ser un faro que nos guía en las tinieblas.

El autor ha seleccionado seis mitos. Están en ellos las apetencias y limitaciones humanas, las virtudes y los defectos, los conflictos que desvelan al hombre. Cada capítulo tiene una introducción que presenta los temas, los analiza, explica, y comenta; luego aparece la historia (relato del mito) y, finalmente, la aplicación de las situaciones y los temas al mundo actual.

El libro se cierra con una conclusión en donde el autor exhorta a los jóvenes a atreverse a dibujar un plan de vida, resultado del

conocimiento que uno va teniendo de uno mismo, a cumplirlo adaptándose al mundo, cuidando los medios y teniendo siempre presente la meta.

La belleza, que es armonía entre lo que se dice y cómo se dice, se trabaja técnicamente tratando de contener la inspiración que, en su visita al autor, lo acicatea incesante. Lo que se dice, la atracción que el mito ejerce sobre el lector, y cómo se dice, el estilo que nos lleva de la mano en la lectura, unido a un vocabulario rico y preciso, todo está expuesto con la claridad del “maestro” y adecuado a lo sustantivo de la reflexión.

Este es un libro dedicado a los jóvenes, invocados en el texto, pero también a los no tan jóvenes –sus padres– y a todos, porque encierra un análisis riguroso de la condición humana, vertido en una expresión limpia y estremecedora (el autor siente lo que expresa). Es un libro para leer y meditar, y volver a leer y a meditar en un proceso incesante. Habla de nosotros mismos, de lo humano, hecho del espíritu –que se eleva hacia su ideal– y de la materia –que cae en su vulnerabilidad. Este es un libro para degustar con morosidad y mirando hacia nuestro interior y nuestra circunstancia histórica. Leer este libro me hizo bien, iluminó mi alma.

Mabel Anta de Bernabé
Mayo de 2012

Introducción

La búsqueda de sentido como orientación fundamental de la existencia

A lo largo de tantos años trabajando con jóvenes me he interesado en que busquen y encuentren el sentido de su vida. La dificultad es doble: que sientan la necesidad de tal búsqueda, y que tomen conciencia de que este sentido no es algo que se les aparece de repente para iluminar su camino, sino que a lo largo de su camino particular se les irá mostrando, “des-velando”.

En el derrotero que significa su vida se van a encontrar además con una gran cantidad de obstáculos, estorbos que no sólo les vendrán desde afuera (situaciones adversas, circunstancias impertinentes, personas fastidiosas, etc.), sino también desde dentro (miedos, mala voluntad, pereza, desconfianzas...), lo cual convertirá esta necesidad de hallarle un sentido a su propia vida en un verdadero “sinsentido”.

La filosofía intenta ayudarnos a encontrar este sentido. Como les decía, éste se va develando (des-velando) mientras andamos; des-velar significa “correr el velo”, es decir, quitar ese manto que cubre aquello que queremos mirar y nos impide hacerlo. ¿Cuántas veces

quisiéramos tener una guía que nos indique para dónde ir, o una señal clara para saber qué es lo que en determinada circunstancia hacer? ¿Cuántas veces necesitamos recetas para enderezar entuertos, corregir errores que nos costaron caros o, simplemente, para conocer el camino correcto?

Todo esto nos lo entrega el *sentido* de nuestra existencia iluminando nuestro sendero; sin embargo, el manto que nos impide mirar con claridad se va corriendo únicamente si a este sentido iluminador lo buscamos con persistencia sin dejar que las cosas transcurran simplemente, sin desesperación, aceptando que la vida misma es maestra. De suyo, acercarnos al sentido pleno es una tarea que puede llevarnos toda la vida, y, a lo largo de ella, los destellos que nos iluminan nos facilitan la comprensión nos lo revelan parcialmente, apaciguándonos, aumentando nuestra inquietud para no dejar de buscar, y para incentivarnos el deseo de alcanzarlo en su totalidad.

Lo que con este trabajo intento no es narrar cuentos fantásticos simplemente. Los mitos, como historias antiguas, nos hablan de sucesos que no por ficticios dejan de entrañar una verdad. Los mitos cuentan historias que reflejan aspectos de la condición humana, derroteros que conducen a los hombres no sólo a conocer la realidad (o lo que ella les muestra en la medida que se lo permitan), sino a conocerse a sí mismos. Nos hablan de personajes, de viajes, de pruebas; a veces los recorridos terminan multiplicados; otras conducen al mismo punto partida para que la historia se repita una y otra vez; otras, alcanzan metas gloriosas, pero cuyo costo han sido cálices amargos y peripecias eternas que tentaban a los héroes a abandonar su empresa. Sin embargo, en todos los casos los itinerarios representan la procesión interior del hombre y las implicancias de sus decisiones. Fascina entonces ver de qué manera se

conjugan la libertad de cada uno con su propio destino. Cualquiera que lee los mitos no puede dejar de sentirse reflejado en más de uno de ellos, porque dibujan el corazón humano casi a la perfección.

Estos mitos que quisiera considerar con ustedes, creo que pueden ayudarnos a hallar nuestro propio sentido de vida, y animarnos a emprender caminos que también podrán resultarnos fascinantes. Sujetos que nos resultarán familiares; viajes donde los dioses a veces nos serán propicios pero que también nos pondrán los vientos en contra y harán que las mareas se levanten, como queriéndonos hundir, quién sabe por qué motivo; descensos al *Inframundo* donde la condición humana se pone claramente de manifiesto; semidioses que nos animan a no temer a las divinidades, y hombres y mujeres que nos invitan a no perder el respeto por los dioses.

Cuando uno logra enraizarse en esta búsqueda de sentido ingresa en el camino de la *sabiduría*. Hablamos recién de palabras como “guía”, “receta”, “señales”; nos indican un “saber” diferente a cualquier *conocimiento*, porque la *sabiduría* es cosa distinta a la *ciencia*; es más: mucha ciencia en lugar de conducirnos a vivir mejor nos lleva a la destrucción si adolece de sabiduría.

En busca de la *sabiduría*

“Saber” nos habla de acertar en las elecciones, escoger lo adecuado, ser fieles a la verdad... ¡discernir! Pero, como se imaginarán, esto no es algo innato (por más que muchos hayan nacido con esa capacidad y les resulte más fácil hacerlo), sino que se trata de un hábito

que se adquiere con la experiencia, y sobre el presupuesto fundamental de aceptar que la vida es “maestra”.

Es “sabio” el que aprende de su experiencia, quien asume sus errores con humildad y verdaderamente quiere crecer, no para ostentar sino para hacer fecunda su propia existencia, y no sólo para sí sino para los demás. El “sabio” da lo que tiene sin guardarse nada, porque entonces su saco vacío será invadido de más vida, en sentido contrario de lo que ocurre con el mezquino, que cree que “es” más porque “tiene” más.

Sabiduría significa poder *des-velar* de la realidad aquello que nos impide mirarla limpiamente; se hace sabio quien es capaz de limpiar su mirada, es decir, de liberar sus ojos de aquello que los entorpece. Es así que *sabiduría* es prácticamente sinónimo de *humildad*.

Han habido a lo largo del tiempo muchas personas que se dieron cuenta que para *des-cubrir* su verdadero sentido de vida tenían que limpiar sus ojos; mientras no mirasen nítidamente la realidad y su propia vida, sus sentidos serían engañosos. Mejor dicho, en la medida que su propia vida estuviese despojada de mentiras y afectos engañosos, podrían mirar la realidad con mayor pureza. En la medida que conquistaran su sentido de vida serían más libres, y viceversa, produciendo de este modo un círculo virtuoso.

Estas personas han “sabido” que para ser *libres* y no ser atadas por nada que les impidiese serlo, fueron paso a paso capaces de renunciar a lo que se aferraban para sentirse seguros. En estas reflexiones vamos a poder advertir cómo la libertad supone asumir en la propia vida lo incierto para lanzarse al futuro, para jugarse sin miedo; porque muchas

veces las certezas nos anclan en un lugar de la existencia y ya no somos verdaderamente libres. A veces aquello a lo que nos aferramos son cosas materiales; otras veces afectos innecesarios, o necesarios aunque desordenados; otras veces conocimientos a los que nos prendemos fuertemente, porque la libertad de pensamiento nos inspira vértigo, miedo, pavor, y nos hace experimentar que el piso de la realidad se nos mueve conmoviendo nuestros cimientos.

La mitología griega está cargada de ejemplo de “ilusiones” y de “alucinaciones”; los héroes y quienes les acompañan muchas veces contemplan realidades que no lo son; en sus caminos se los trampa con artimañas tendientes a hacerles ver cosas que no existen, que se presenten objetos, personas, monstruos, espíritus que en realidad no están, ya sea porque -como si fuesen hologramas- se los hacen aparecer, ya sea porque se les inspiran fantasías que los llevan a desvariar. Con este ardid, *Heracles* mata a tres hijos y a dos sobrinos por culpa de *Hera*.

Se cuenta que vivía en Atenas un sabio mendigo llamado Diógenes, quien dormía en un tonel vacío, y que, en medio de las fastuosas construcciones, predicaba que el hombre más se alejaba de los dioses en la medida en que se ataba a más necesidades: cuanto más tenía, necesitaba de más para mantener lo que poseía; en cambio, cuanto a menos necesidades estaba atado, más se acercaba a los dioses. Muchos griegos (como Sócrates y Platón) y más tarde latinos, encontraron en la capacidad del hombre a llevar adelante “renunciamientos” el camino de la *sabiduría* verdadera.

Podemos observar que el desprendimiento de cosas que consideramos “necesarias” pero que en realidad no lo son, nos permite estar despojados de todo aquello que en definitiva nos quita soltura,

desenvoltura exterior e interior, limpieza en los ojos para “saber” mirar la realidad, discernir sin tanta complicación (aún en los casos de mayor complejidad), tomar las decisiones correctas, y, sobre todo, “saber” disfrutar. La persona realmente libre resulta inmune al resentimiento.

Pero no sólo *sabiduría* hace referencia al “saber”. “Saber disfrutar” nos sugiere asimismo “saborear”: como quien cata un buen vino, el *saboreo* aborda su objeto con todos los sentidos, la vista, el olfato, el gusto, apreciando sabores, aromas, matices, colores, brillos, pudiendo mirar más allá sin quedarse en lo inmediato. La sabiduría nos conduce a la profundidad de las cosas hasta alcanzar su esencia; evita que nos conformemos con lo que aparece superficialmente o que nos atragantemos con todas las cosas lindas y significativas que nos acerca la vida. Por otro lado la sabiduría evita nos quedemos con esa percepción negativa de la existencia a partir de todo lo malo que salta a la vista y que nos tiende a conducir al sinsentido. ¿Cómo, si no, puede comprenderse que de mismos hechos surjan juicios agradecidos o resentidos?

“Saborear” nos llama a todo aquello que lo posibilita: buen uso del tiempo, paciencia, silencio, espera... el mismo deseo de alcanzar la verdad moviliza una búsqueda que no es ansiosa, y la misma búsqueda se transforma en un “saboreo”, que se vuelve más intenso y capta sus mejores fragancias a medida que se acerca más a la esencia, a la *verdad* que entrañan las cosas, pero que con los ojos sucios no podemos divisar, ni con el paladar congestionado gustar. “Saborear” nos remite a una capacidad *contemplativa* perdida en la manera contemporánea de vivir, llena de urgencias, bombardeada por necesidades irreales, virtuales, por percepciones que ingresan a nuestro corazón volviendo cada vez más borrosas las imágenes que podrían adecuarse mejor a la realidad y traernos la felicidad y la paz verdaderas. Entonces, terminamos haciendo

cosas que duran lo que la espuma cuando el mar se retira, sin profundidad. Hacer por hacer, sin un sentido hondo que contenga y oriente a la hechura.

Los “engaños” que enturbian la mirada

El intento porque el joven busque y encuentre el sentido de su vida halla como escollo la dificultad de transmitir cosas en realidad sencillas que se encuentran saboteadas tanto desde fuera como desde dentro de cada uno. La realidad que vivimos a diario la sentimos complicada porque la terminamos desvirtuando de acuerdo a las tendencias de nuestra condición humana.

Volvamos ahora sobre esto de “mirar la realidad”: en ella vivimos y nos realizamos, pero también la configuramos con nuestras acciones. En este punto nuestras decisiones se tornan esenciales; todo lo que hacemos, ya sea que se trate de un gran emprendimiento, ya sea lo más sencillo que nos podamos imaginar, tiene en la realidad una implicancia significativa.

Ser *sabios* significa mirar con limpieza las cosas y obrar con esta misma coherencia. Cuando nuestras opciones son erradas no sólo nos saboteamos a nosotros mismos, sino también a la realidad. Que obremos mal o bien depende de que a cada cosa la llamemos por su nombre y no la disfracemos, y que cuando nos equivoquemos nos atrevamos a aceptarlo y dar la cara; eso es de hombres y mujeres bien nacidos. Disfrazar los errores es hacer “la fácil”, esto es: justificar malas acciones, caminos mal tomados, modos de vivir que terminan oliendo mal y que uno abrazó por

conveniencia. Es entonces que nos alejamos de la verdad, eligiendo definitivamente la “mentira”.

El engaño definitivo surge de uno mismo. Con el engaño no ocurre en sentido estricto lo mismo que lo que podríamos calificar como “bueno” o “malo”, “honesto” o “deshonesto”, “sensato” o “necio”; éstos tarde o temprano muestran lo que son, porque a menudo algo bueno parece malo y viceversa. Es muy común que lo malo en un principio aparezca como bueno, es decir, que se disfrace. Cada uno de estos contrastes puede esconderse en su opuesto. En cambio, si bien el “engaño” está siempre referido a lo deshonesto, necio o malo, para llegar a engañarse y a engañar, uno recorre un proceso.

Hay circunstancias, grupos, premisas, maneras de ser y actuar, mentalidades cristalizadas que se instalan para confundir y engañar. Sin embargo, quien en definitiva permite que el aguijón de la duda penetre, quien muerde el anzuelo, es uno mismo.

Como decíamos más arriba, a veces nos engañamos a nosotros mismos para justificar decisiones sospechosas; si alguien actúa mal y no le interesa tiene el corazón como una piedra, es ya un corrupto; si actúa mal y la conciencia le pesa, o se retracta –en cuyo caso la tranquilidad volverá a él–, o bien, como los efectos son seductores y convenientes, intentará buscar coartadas, alegatos que lo excusen y demás recursos que transformen su conciencia para corroborar que obra bien. Pero en realidad estará ya dividido, y su sentido de vida permanecerá desvirtuado. Así es el camino del engaño, de la insensatez (in-sensato significa sin-sentido), lo opuesto a la sabiduría que nos hace realmente felices.

En los casos en que hombres y mujeres son víctimas de este tipo de engaños es mucho más *difícil* *des-velar* el sentido del que hablamos. El camino hacia la verdad, hacia ese tesoro que es como un cofre lleno de sabiduría, será mucho más trabajoso. Necesitará la persona llevar a cabo recorridos más complejos y dolorosos; reconocer que uno se ha equivocado requiere de suma valentía, de la aceptación de las consecuencias que conlleva la verdad contrastada con la mentira en que se estaba involucrado, para llegar al punto donde se inició el camino equivocado para retomar el indicado.

Pero es también de “sabios” reconocer que, de algún modo, todos somos víctimas de engaños. Dios es el que tiene la mirada absolutamente limpia en todos los casos, a los mortales siempre nos queda ignorancia. Como no somos sabios no somos (en cuanto que la sabiduría requiere un recorrido que a fuerza de pruebas nos purifica), permanentemente vamos saliendo de la ignorancia. Vivir bien consiste en este salir constante y progresivamente de la ignorancia, pero experimentando una paradoja: cuanto más salimos de la ignorancia, más ignorantes nos sentimos, más se hace desear el conocimiento de la verdad y vivir según ella, y más control de nuestra ansiedad necesitamos... mayor despojo y desprendimiento, renunciamentos más audaces y una más intensa lucha contra el miedo que inspira una libertad que resulta vertiginosa.

La sabiduría probada

En la mitología podemos encontrarnos con héroes y antihéroes, personajes que representan lo mejor y lo peor de la condición

humana, derroteros colmados de infortunios y de logros, pero siempre con señales que requieren ser distinguidas con inteligencia y sabiduría para tomar el sendero adecuado, sin engaños. Todo esto puede servirnos para encontrar reflejada nuestra situación, nuestros propios caminos y proyectos, incluso a nosotros mismos.

Nuestra propia vida es un derrotero, seguramente no con las peripecias de *Odiseo* (en la versión latina lo conocemos como *Ulises*) en su retorno a Ítaca, aunque no menos plagada de pruebas y exigencias de discernimiento. El precio de nuestra libertad, donde encontramos el sentido pleno de nuestra existencia, será como los contratiempos de los *Argonautas* en su búsqueda del *Vellocino de Oro*.

Todas estas narraciones figuran situaciones que acaban siendo hitos simbólicos de los que uno puede tomar enseñanzas; las pruebas por las que tienen que atravesar los héroes, aparentemente imposibles, cuentan con ayudas extraordinarias, inspiraciones de ardid para sortear encrucijadas, y salidas inesperadas cuando toda esperanza parece perdida. Es lo que podemos vislumbrar en los doce trabajos de *Heracles* (*Hércules*), destinados a la purificación por el asesinato de sus tres hijos con *Megara* y dos sobrinos, en un rapto de locura inspirada por la celosa diosa *Hera* por las infidelidades de *Zeus*, el padre de *Heracles*. He aquí un derrotero tendiente a su purificación. También nos habla de pruebas la historia del piadoso *Perseo*. Sus logros gloriosos requirieron trabajos imposibles como cortarle la cabeza a *Medusa*, con la que pudo matar al monstruo *Cratajis*, salvar a Etiopía y alcanzar su libertad y la de *Andrómeda*, y gracias a la cual pudo conseguir más hazañas, porque quien miraba la cabeza de *Medusa* se convertía en piedra.

Los caminos, ascendentes y descendentes, que abundan en la mitología greco-romana, conducen a los hombres a su conocimiento, al de su condición, sus miserias, y hasta de sus atributos capaces de permitirles igualarse a los dioses, quienes llegan a temerles y cuyos celos buscarán en consecuencia destruirlos. En este orden hay que comprender la eterna lucha entre la libertad y el destino, entre los intentos del hombre por conocerlo todo y dominarlo y la falta de respeto a los límites debidos, entre tentativas arrogantes de autonomía y la piedad que lo limita para que no traspase los confines permitidos.

Entre estos opuestos cada uno en su interior delibera, y en este trabajo no sólo se va conociendo a sí mismo, sino que, de un modo que no esperaba, conoce la realidad en la cual existe y a la que tiene que respetar.

El derrotero personal como la búsqueda de sentido

La búsqueda personal de sentido de vida que estoy proponiendo comienza en el presupuesto de la necesidad de una aceptación, conocimiento y posterior cuidado de uno mismo, porque a partir de allí es posible comenzar a levantar proyectos genuinos y realizadores. Aquello que quiero construir, el camino personal que me realice y que colabore positivamente en la ayuda que la realidad nos reclama para colaborar con ella, es como un viaje lleno de pruebas.

Cuando digo “realidad” me estoy refiriendo a los demás, la gente más cercana y la que no lo está tanto, la naturaleza, la sociedad, el medio ambiente, la historia, etc. Pero su antesala es también un viaje: la travesía a nuestro propio interior; es como “descender” a nuestra misma

realidad interior a la par de la condición humana, para luego “ascender” realizándonos y realizando, construyéndonos y construyendo. Si no nos conocemos, aceptamos y cuidamos, cualquier intento de hacer historia en cada uno y dejar huellas nítidas y animadoras para que otros sigan adelante, será en vano.

En estos “itinerarios”, como si se tratara de nuestra propia “*Odisea*”, nos saldrán al cruce “pruebas” que pondrán en juego nuestro ingenio. Pero también la travesía nos presentará “señales”, que serán más claras cuanto más humildes seamos frente a la vida, y cuanto más consideremos a ésta como una maestra. Estas *señales* nos reclamarán discernimiento, astucia, inteligencia, vigilancia... ¡perseverancia! Aceptarnos como somos, no querer intentar ser lo que los otros son, admitir nuestros límites personales y nuestras propias sombras y debilidades, como también saber reconocer nuestras fortalezas y convencernos de que revisten un carácter de “don” (como si se tratara de una capacidad dada por los dioses, una armadura, un escudo, una espada...), que nos es propio y de nadie más, y que sirve para cumplir con una misión y un destino que es estrictamente personal, son condiciones para iniciar y llevar adelante el periplo de la vida.

Luego, una vez anclados firmemente en nuestro conocimiento y aceptación, con el vislumbre de nuestro destino como misión, podemos y debemos compartir nuestras luchas con otros compañeros, amigos, hermanos. Porque la salvación y desvelamiento de sentido no tiene “sentido” y cae en saco roto si no es comunitario.

Los mitos seleccionados

He elegido para transmitir mi mensaje a los jóvenes que se encuentren con estas páginas únicamente los mitos que particularmente me parecieron significativos, narraciones que abordaran no solamente realidades típicas de personas concretas que inician su viaje, con sus peculiaridades, sino también la realidad misma en la que les toca vivir, las circunstancias propias de los tiempos modernos (caracterizados por la invasión de las imágenes, la velocidad de los acontecimientos, el apabullamiento de tanta información, veraz y engañosa, y el avance geométrico de las ciencias y la técnica) y de la era de las manipulaciones en tan diversas expresiones.

El joven de hoy debe enfrentarse con realidades virtuales, ficciones que parecen realidad, mentiras disfrazadas de verdad; son movidos no por la voz que aconseja desde la sabiduría sino por la del sentido común que le insinúa melodías seductoras. ¡Si quienes trabajamos con ellos a menudo tenemos que ser atados, como lo hizo *Odiseo*, al mástil de su barco para poder escuchar los cantos de las sirenas sin sucumbir a un encanto que indefectiblemente nos destroce contra las rocas! El trabajo de los jóvenes consistirá en que aprendan a untarse debidamente con la cera que les impida escuchar las voces que pretenden dominarlos.

Porque todo lo que el mundo les está enseñando, lo que viven, las evidencias de los logros que les hacen constatar que el hombre todo lo puede, tarde o temprano los ciega, y no están capacitados para escuchar advertencias. Es más, como también son muy sensibles a lo que es injusto, y la injusticia está a la orden del día bajo mil formas, los mayores no somos los indicados para dar consejo.

Para comprender esta primera realidad vamos a considerar el mito de *Prometeo*, y, tal como lo haremos en los demás casos, analizaremos las dos caras: la de la *prudencia* y *astucia* que lo caracterizan, y la de la osadía que lo conduce a superar el límite de lo debido. El mito lo completan su hermano *Epimeteo*, indiscreto e impulsivo, y *Pandora*, mediadora del castigo por parte de los dioses.

Un elemento común en los jóvenes no es sólo su impulsividad en momentos en que tiene que ir aprendiendo a pensar antes de actuar, sino –además– un cuidado de sí mismos que puede ser fácilmente desvirtuado. En este tramo de su vida que tienen que afianzar su autovaloración y justa estima, sobre ellos atenta –de manera artera– la era de la manipulación para terminar despersonalizándolos y que caigan víctimas fáciles de quienes pretenden usarlos. Uno de los medios preferidos por estos afanosos es el uso de la belleza, poniendo el acento en lo que más llama la atención del joven: lo “aparente”. Aquí consideraremos el mito de *Narciso*, quien enamorándose de sí, acaba por ahogarse en su propio reflejo inconsistente.

Nuestro derrotero continúa con la historia de quien pretendió volar más alto de lo que le daban las alas, cuando en realidad ni siquiera eran alas suyas: *Ícaro*. Este personaje desoye los consejos de su tío, *Dédalo*, y el vértigo del logro lo embriaga, convenciénos que puede volar hasta los dioses. Parecido fin encuentra *Belerofonte*, el vencedor de la *Quimera*, pero que no se percata que la vence viviendo él mismo una “quimera” que lo termina enceguciendo. Son éstas consecuencia de la autosuficiencia humana.

El mito de *Orfeo* y *Eurídice* nos enseña que el amor verdadero nos conduce al rescate de quien amamos. El mito nos habla de

un compromiso capaz de descender hasta el mismo *inframundo* cuando una convicción profunda (como todo lo nacido del amor) nos moviliza. Nos habla de la necesidad de no volver la mirada hacia atrás (algo parecido a lo que ocurrió con el pedido de Dios de no volver la mirada sobre la destrucción de Sodoma y Gomorra) hasta alcanzar la luz en plenitud. No sólo nos muestra un valor que hoy aún los jóvenes poseen, sino además el desafío de enfrentar los propios temores, las inseguridades, de superar las ansiedades que suelen signar todos sus emprendimientos. El amor se encarna de diferentes maneras, y es tal si es capaz de sacrificarse.

Pero si el desafío está, es porque la capacidad de llegar a la luz plena, a la verdad, al sentido, a la libertad absoluta, existen. La última de nuestras reflexiones girará en torno a la figura de *Heracles*. En él encontramos la eterna lucha del corazón de toda persona: entre la libertad y el destino, los anhelos de autonomía e independencia y los cauces que le vienen dados y limitan sus deseos... entre lo que lleva en sí de los dioses y el barro del que está hecho. En medio de sus pruebas y trabajos *Heracles* descubre su sentido existencial.

Los héroes nos enseñan a no bajar los brazos, a seguir adelante, continuar luchando, levantarnos una y otra vez, porque muchas veces terminamos por percatarnos que el camino intentado no fue como lo esperábamos sino de otra manera, o descubrimos que consumamos otro distinto, pero más pleno, fecundo y lleno de significados. Y al final comprender que sin saberlo, y sin haber abandonado ni un instante nuestro libre albedrío, los dioses estuvieron presente para que nuestra vida tuviese una “forma”, a pesar de habernos sentido más de una vez víctimas de sus caprichos y decisiones no comprendidas ni compartidas.

1- *Prometeo*, “El anhelo de ser más”

Introducción

La historia de *Prometeo* posee un enorme abanico de personajes, situaciones, y consecuencias de las acciones personales, que la convierten en una de las de mayor riqueza en el Panteón Helénico. En la actualidad podemos armarla a partir de escritos como el Protágoras de Platón, las obras de la Teogonía y Los Trabajos de Hesíodo, y, especialmente la tragedia de Esquilo, *Prometeo Encadenado*, entre otros escritos.

Además de la riqueza de sus ingredientes, la obra nos transmite el eterno conflicto entre los dioses que solicitan culto y piedad, y el reclamo de autonomía y libertad por parte del hombre. Es a raíz de este hecho constante en la historia del hombre que en la actualidad es común escuchar acerca de la ideología prometeica o del “prometeísmo” para indicar que, con sus pretensiones de dominar las leyes del universo, el hombre se constituye en el dios que todo lo puede. Sus éxitos en los campos de la ciencia y la tecnología avalan esta afirmación, mientras que las pasadas de factura de la naturaleza que suelen sobrevenir a los logros a cualquier precio, suelen ser leídos como castigos de Dios por su

soberbia (especialmente en espacios de pensamiento fundamentalistas, fanáticos).

Pero no se trata de una situación meramente religiosa; la historia de *Prometeo* simboliza asimismo el intento permanente del hombre por traspasar los límites de lo permitido, el llamado de su propia condición a buscar metas obviando lo éticamente debido. Vendría a ser algo así como el aguijón clavado en el corazón mismo del llamado a realizar la propia libertad. La ética pone límites, las normas encauzan; sin embargo nuestras tendencias son a superar esas paredes que nos impiden ir más allá, cuando pareciera que desde ese otro lado nos están reclamando.

Prometeo más que representarnos a un protector de la humanidad, nos viene a representar a alguien que se juega por sus ideales, un ser “libre” que no sólo cuida sino que fortalece y enriquece a los hombres.

Para recrear la historia vayamos por parte. Junto a *Prometeo* aparecerán otros dos personajes: su hermano gemelo *Epimeteo* y su cuñada *Pandora* (regalo tramposo de los dioses para llenar de desgracias a la Tierra y castigar a los hombres).

La historia

La mitología griega presenta a *Prometeo* como al Titán protector y bienhechor de la humanidad. Era hijo del Titán *Jápeto* y la Ninfa marina *Clímene*. A él y a su hermano *Epimeteo* les fue encargado proporcionar a hombres y animales lo que necesitasen para su sustento.

Epimeteo viene a representar a alguien que piensa poco antes de actuar, y por lo tanto tarda en tomar las decisiones, y cuando actúa suele hacerlo con impulsividad, sin discernimiento. De suyo, *Epimeteo* significa ‘ocurrencia tardía’, o ‘el que piensa después’. Como a su hermano, también a *Epimeteo* se le había encomendado la tarea de proteger a los seres vivientes, sin embargo, como ejemplo de sus alocadas decisiones, a la hora de tener que asignar a cada animal las condiciones que los caracterizarían –como el valor, la fuerza, la velocidad, etc.– se quedó sin ninguna para distinguir al hombre y hacerlo superior. Es así que no le quedó otra alternativa que recurrir a su hermano *Prometeo* (que, en sentido opuesto, significa ‘prudencia’, ‘el que prevé’, como también ‘el que piensa primero’), quien les otorgó la capacidad de caminar erguidos y una elegancia que ningún animal poseía.

No conforme aún con su obra, en un acto de osadía decide dirigirse a los cielos para encender una antorcha con el fuego sagrado (que roba del carro de sol de *Zeus*) para entregárselo al género humano y hacerlo semejante al linaje de los dioses. Hay leyendas que cuentan inclusive que *Prometeo* mismo había sido quien modeló al hombre con arcilla para luego insuflarle vida, precisamente por medio de un rayo robado del carro de sol de *Zeus*.

Pero además, el Titán creyó conveniente para inspirarle confianza al hombre cómo podría burlarse de un dios que, seguramente, tomaría represalias. Entonces, ingeniosamente ofrece un sacrificio a los dioses destinando mediante un ardid las partes nobles y sustanciosas de los animales a los hombres, y las peores, como los huesos embadurnados con la grasa y la sangre del animal, a los dioses. Al advertir los embustes de *Prometeo*, la asamblea de los dioses del Olimpo acordó que *Zeus* lo castigara. Pero previendo el castigo, el Titán se apresuró a enseñarle a su hijo *Deucalión* el modo de construir un arca para salvaguardar en ella a la humanidad cuando *Zeus* mandara el diluvio con el que intentaría destruirla.

Éstos serán los motivos por los que el dios supremo y superior lo hace encadenar en el monte Cáucaso, donde por las

mañanas un águila le comía el hígado (necesario para tener la fuerza para liberarse), y por las noches volvía a crecerle, llevándose a cabo un ciclo de tormento y alivio, de angustia y sosiego, de desesperanza y esperanza, permanentemente renovado, como ocurre en el mismo devenir humano. Su agonía persistente acabó cuando otro semidios amigo, *Heracles*, mata al ave y lo libera.

Herido una vez más el orgullo de los dioses, *Zeus* se dispone a demostrar al género humano y a su protector que la astucia divina es mayor. Entonces le encomienda a *Hefestos* la creación de la primera mujer, *Pandora*. El dios mezcló entonces arcilla con agua proveyéndola de una voz, capacidad de dar vida y los encantos de las diosas del Olimpo. *Pandora* sería ofrecida a *Prometeo* para que la desposara, pero se trataba de una hermosura tramposa: consigo llevaría un regalo de *Zeus*, una caja misteriosa llamativamente adornada.

Desconfiado de cualquier obsequio venido de los dioses, *Prometeo* rechazó a *Pandora*; no así *Epimeteo*, quien al verla se enamoró perdidamente, pese a las advertencias de su hermano gemelo. Atolondrado e imprudente no sólo la desposó, sino que, llevado por la curiosidad, aceptó que *Pandora* abriera la caja que llevaba consigo; al momento, de la caja salieron todos los males que acucian a la humanidad, como el hambre, la enfermedad, la miseria, la guerra, el odio, la envidia, la ambición, etc. En un instante *Epimeteo* contempló la tierra cubierta de calamidades, y espantado se apuró en cerrarla, sin percatarse que aún en su interior quedaba la ‘esperanza’.

Acuciada frente a tanta desgracia, sintiéndose usada y viendo en qué terminaba su actuación en toda esta tragedia, *Pandora*, inmersa en una pesadumbre insoportable y en medio de su abatimiento clamó al dios *Zeus* para que le permitiera abrir la caja que *Epimeteo* había cerrado en su desesperación. Entonces, oyendo sus gemidos y escuchando su sincero llanto, el dios permitió que la caja se abriera, con lo cual la esperanza invadió al mundo.

Aplicación

a) El desafío a los límites y la rebeldía

La mitología nos narra más historias acerca de la previsión y prudencia del Titán, son interesantes las que se cuentan en los orígenes más primitivos, la mata de la que provienen la mayoría de los mitos y donde éstos cobran especial sentido: “*la guerra de las deidades*”. Pero nos vamos a quedar con las enunciadas para ver qué enseñanzas podrían dejarles a los jóvenes.

Hay elementos que se repiten, cuestionamientos típicos y profundos propios de los tiempos de juventud, pistas y respuestas para los interrogantes que se tornan acuciantes en esta etapa de la vida.

Si indagan tranquilamente, podrían advertir cómo de alguna manera sus acciones tienden a desafiar permanentemente a los dioses; como *Prometeo* se les despierta la picardía para salirse con la suya. Los dioses representan las normas, los límites, las estructuras creadas en la cuales deben realizar tu propia existencia, los sistemas de vida en los que están inmersos, en medio de sus tendencias a imaginar situaciones de vida ideales, lugares en los que no vayan a ser exigidos, donde no existan los problemas y, sobre todo, no hereden las contrariedades, conflictos y molestias de sus mayores. Idean mundos para el futuro donde no se repitan los mismos errores que generaron sus ancestros... ¡No quieren ser como ellos!

Generalmente, sin dejar de observar los defectos de toda formación, uno reconoce en su adultez los méritos de sus mayores; esto ocurre especialmente cuando es a uno mismo a quien le toca ser padre y

necesita poner límites. Durante la adolescencia y juventud es más fácil señalar los defectos ajenos que mirarse hacia dentro y juzgar la propia conducta y sus implicancias en la gente que a uno lo rodea. Es común que uno proyecte sus propias dificultades, dudas e incertidumbres en quienes tiene a su alrededor, en especial en aquellos que tienen a su cargo su cuidado.

Aquí se vuelve necesario reflexionar en algo que es el corazón de la maduración de futuro “hombre” y la futura “mujer”: la “rebeldía”. Sin ella jamás alcanzaríamos autonomía, independencia... no seríamos capaces de desplegar alas para salir a volar, y permaneceríamos definitivamente atados a un cordón umbilical. Quien en momentos de oponerse a sus padres o a la autoridad constituida no se atrevió a hacerlo por miedo a equivocarse, a meter la pata, o por miedo a un reto o una paliza, se va acostumbrando a una obediencia que se transforma en “sumisión”, es decir, a decir a todo que sí pero sin sentido ni discernimiento. De este modo, uno se termina convirtiendo en una pieza que es parte de una maquinaria, forma parte de un sistema sin ningún sentido personal... se mediocriza.

Es necesario que asuman que si hoy, siendo joven, no son capaces de oponerse a una orden o de opinar de manera diferente, el día de mañana difícilmente sean capaces de tomar decisiones transgresoras que posibiliten una acción justa, de jugarse por alguien o por alguna causa, en un mundo donde abunda la hipocresía y unas leyes que, bajo la apariencia de ser una cosa buena, producen efectos injustos y sufrimiento. Algo así es lo que ocurre con la gente “eticista”, que se mueve por las apariencias, (es decir, por las “formas”), mientras que sus acciones están huecas de contenidos.

“Eticista” es quien cumple a rajatabla con las normas y disposiciones sin pensar si es bueno o no; detrás de esa obediencia se agazapa un servilismo que en cualquier momento traiciona porque, justamente, no es capaz de jugarse por alguien ni por causa alguna. Un *eticista* obedece las leyes para que su propia conciencia no experimente ningún conflicto y pueda acostarse tranquilo; en el fondo no piensa más que en sí mismo y jamás se va a ensuciar las manos tratando de salvar a otra persona. Es un “no-comprometido”. Ayer no supo “desobedecer” a su padre, y hoy no se atreve a transgredir una norma; y si una situación lo sumerge en alguna duda dilemática va a salir corriendo porque no quiere quemarse con fuego.

b) Atreverse y jugarse con nobleza

Por un amigo uno se juega. Eso lo saben bien. La fidelidad a la amistad, a las convicciones, a los proyectos comunes (de esos que surgen de charlas largas y ocurrencias compartidas), la solidaridad, son valores que están en el corazón del joven normal; al que traiciona lo condenan justamente, lo mismo que al que no se juega o está tan cerrado en su propio mundo que permanece al margen de las causas grupales. Porque hay gente que no se la juega nunca, y en la adultez uno repite los mismos errores de su juventud si es que no fue capaz de reconocerlos, aceptarlos y asumirlos para poder cambiar.

El que no se atreve a rebelarse termina siendo un mediocre, un tibio. Como el agua que no corre se termina estancando, y después pudriendo. Queda en la nada. Pero del mismo modo que la rebeldía se constituye en el corazón de la autonomía y la autodeterminación propia de los seres libres, corre el riesgo de desvirtuarse hasta el punto de hacer

que el rebelde termine aislado de una comunidad, pretencioso y prepotente, que cree que se las sabe todas y no necesita del aporte de terceros. Se miente para terminar creído y viviendo en su mentira convencido de que está en la verdad. Termina en un sendero que progresiva e imperceptiblemente lo deposita en un modo de ser dictatorial, tirano.

En la adolescencia y juventud, mientras la vida aún no los ha golpeado lo suficiente, la rebeldía fácilmente se convierte en capricho. Un padre, como un maestro o una autoridad que tiene a cargo la formación, saben distinguir al rebelde del caprichoso (al que comúnmente llamamos “rebelde sin causa”).

La lucha entre *Prometeo* y *Zeus* representa la eterna tensión entre la libertad y la obediencia, la independencia y los cauces. Esta lucha se encuentra también simbolizada en el combate que libra en su interior *Perseo*, hijo directo de *Zeus*, aunque adoptado y criado por un piadoso pescador, *Dictis*, como a un verdadero hijo; *Perseo* caminará siempre entre los confines de la independencia y la autodeterminación, y los de su piedad. El combate librado en el interior de *Perseo* se lleva a cabo en medio de las pretensiones humanas por liberarse de los dioses del Olimpo que querían dominarlo. Y pensar que pudiendo haberse convertido en un dios, prefirió la inseguridad del barro humano que tiene que conquistar su propio destino.

En la mitología nos encontraremos con dioses que se ponen a favor de los hombres promoviendo la realización de sus destinos, y otros que les reclaman continuamente servilismo, imponiéndoles destinos, las más de las veces trágicos. Lo mismo ocurre del lado de los humanos: unos que buscan permanentemente una independencia y

autorrealización, mientras otros defienden la postura del respeto a lo divino. Como es lógico, entre ambos hay extremos y posiciones intermedias; de este modo encontramos rebeldes que luchan por “poder” rebelándose a designios, normas y órdenes establecidos sin discreción alguna, y otros que, por el contrario, caen en una sumisión tal que les impide autodeterminarse y cumplir su propia misión en el mundo.

Esta referencia a la necesidad de “rebelarse” que pueden sentir siendo jóvenes, y a la exigencia que suponen los límites, no tienen por qué plantearse opuestos.

c) La necesidad de los límites y cauces

Si el agua que arrastra un río no tuviese cauces, no sólo carecería de una desembocadura, sino que además se derramaría hasta perderse. Esto ocurre con todas las realidades de la vida. La *vida* es energía, creatividad, movimiento, fecundidad, evolución; no obstante, si todas estas capacidades no discurrieran por cursos definidos, carecerían de sentido al no haber rumbos, además se vertería hacia la nada. Pero, por otro lado, un cauce sin agua es un espacio sin vida; las demarcaciones que se sobredimensionan terminan robando creatividad, fertilidad, realización... ¡felicidad!

La rebeldía y los límites tienen que existir juntos; el uno sin el otro se exagera, y llegado al extremo se transforman en anarquía o dictadura; y, como los extremos se imitan, ambos se vuelven tiranos. El joven que discute, que pelea o trampea tratando de sacar alguna ventaja, que exige “todo” para quedarse al menos con una “tajada”, está mostrando actitudes sanas; sin embargo, si ese comportamiento no encontrase confines en algún reto o firmeza por parte de quien lo

conduce, se convertiría en capricho y haría que llegue a la adultez sin orientación, sin herramientas, carente de capacidad para tomar decisiones o ponerse metas claras. Por el contrario, el reto indiscriminado, “por-las-dudas”, la prevención guiada por los miedos del encargado de formar, que no respeta las voces del interior de quienes están aprendiendo, sus capacidades y naturaleza peculiares, terminan anulando su vida y aniquilando su vocación.

En este mismo orden, es difícil que siendo jóvenes puedan tener una conciencia acabada de sus dones y capacidades, es decir, de aquellas capacidades que más tarde les permitirán crecer y sobre las cuales podrán construir su felicidad. Pueden, sí, percibir las, intuir por dónde va la cosa... Pero no pueden desconocer que el camino es algo que se revela sólo caminando, que el destino se lo puede descubrir únicamente en la medida en que se lo realiza. Únicamente andando, golpeándose, probando, equivocándose y aceptando sus propios errores, pueden ser puestas al descubierto estas facultades personales de las que les hablo. Alguien decía que el hombre es capaz de conocerse en plenitud en la víspera de su muerte, y que es únicamente uno el que puede descubrir el sentido de su vida dando vuelta esa alfombra persa, que de un lado se presenta con un inteligible entramado de hilos y nudos, pero que al darla vuelta se descubre la belleza que esas tramas urden.

Sí, esa es una tarea personal, y por eso a menudo sienten, como a todos alguna vez nos ha ocurrido, que pueden conocerla hasta un cierto punto, o que no se sienten capaces de comprenderla como quisieran. Pero también es cierto que todos hemos sentido alguna vez lo fantástico que resulta cuando encontramos en nuestro camino a alguien que nos inspira confianza, seguridad, que ha intuido quién somos, de qué madera estamos hechos y cómo tallarnos.

En su vida más de una vez, si es que saben mirar (en eso consiste como decíamos la “sabiduría”) podrán ver que los dioses en más de una ocasión se les han querido manifestar; puede ser por medio de alguna inspiración, pero en la mayoría de estas oportunidades toman forma de maestros, amigos, padres, personas justas que aparecen en el momento indicado. Y es bueno a lo largo de la vida intentar un ejercicio para recordar (recordar viene del latín, *re-cordis*, que significa volver a pasar por el corazón), y serenamente van a poder advertir que muchas veces dejaron pasar de largo estas oportunidades, por cegueras diversas, orgullos, tozudez, vanidades, soberbia, etc., o simplemente no supieron ver a quien te podía y quería enseñar a mirar. Volvemos a aquello del “saboreo” del que podemos sacar enseñanzas. No pueden salvarse solos; su sola fuerza no basta; necesitan cauces, límites, guías, para que sus fuerzas, energías y capacidades se desenvuelvan con eficacia y creatividad.

Hay muchos hombres y mujeres mayores que vislumbran algo en quienes están comenzando a caminar, y que permanentemente inspiran ánimo a aprovechar las propias capacidades y recursos para salir de algún atolladero eventual, o bien para crecer respetando la libertad particular, encauzar el espíritu emprendedor y el natural deseo de superarse.

La rebeldía tiene su costado bueno; hasta que queremos pasarnos de vivos y las insubordinaciones pierden su norte para ser rebeldes porque sí y mostrarnos descontentos con el sistema. En estas situaciones es cuando un joven tiende a amotinarse porque sí, cuando se organizan piquetes y sentadas; generalmente estas sediciones son comandadas por algún vivo que pretende sacar partido. Pero, entonces, no

se obra ya como *Prometeo*, sino que las obras siguen al modelo de *Epimeteo*, “el que piensa después de actuar”.

Pero antes de considerar esta característica del atolondramiento que vuelve torpe al ansioso, es bueno cerrar algunas ideas del Titán benefactor de los hombres.

d) La prudencia: no todo lo que brilla es oro

En el mito, asimismo, vemos a *Prometeo* engañando a *Zeus* en un sacrificio: a través de una artimaña, precisamente, invierte el sentido de la parte del animal destinada a los dioses y la destinada a los hombres. Siguiendo el razonamiento anterior, muchas de tus decisiones de juventud descansan en “lo-evidente” y en lo que dicta el “sentido-común”. Si hablan con algún experimentado de la vida les podrá decir que este famoso y nunca bien ponderado “sentido común” más de una vez lo dejó sin ropa para luego abandonarlo. En filosofía decimos que *no siempre lo que parece es*; dicho en criollo, no todo es lo que parece, o no todo lo que brilla es oro.

Para el joven, en general, si algo da resultado, sirve; y, si sirve, es garantía de éxito. Pero este logro no necesariamente se sustentará en el tiempo... más bien, generalmente es efímero, y nos tragamos un buzón. Nuestras computadoras suelen ser víctimas de *virus troyanos*; esto viene del famoso caballo con que los griegos lograron entrar en Troya por una ocurrencia de *Odiseo* (*Ulises* en la versión latina), para tomarla, saquearla y destruirla al cabo de una guerra de diez años. Muchos éxitos y logros que pueden embelesarlos y convencerlos de que son grandiosos y que tienen poder, suelen ser ilusiones, ensoñaciones. Si hoy creo que mi éxito está en lo que muestro, en un par

de zapatillas sobre las que camino y me siento poderoso, o en el lujoso Blackberry que ostento, mañana encima de una 4 x 4 sentiré haber llegado a la meta, haber cumplido mis proyectos. Si ese es el sentido de mi vida... ¡qué hueco que quedé!

En este sentido, ustedes tienen a su favor un valor que no pueden obviar; porque una de los valores más significativos y llamativos de los jóvenes, especialmente durante su adolescencia, está en lo que podría llamarse “la pureza de sus juicios”: aún el mundo no los ha contaminado, y lo que intuyen como malo lo señalan sin reparos. Con esta “pureza de juicio” condenan sin miramientos todo lo que llaman “caretaje”, que no es otra cosa que la falta de sinceridad y la hipocresía, no sólo la de conocidos sino, sobre todo, la social. Para un joven las “apariencias” importan, y por eso rechaza al que quiere aparentar lo que no es, o simplemente, al que esconde algo o se lo guarda, como quien esconde la basura que barre debajo de la alfombra para que los otros no la vean y crean que todo está limpio.

Si este valor es cierto, tenemos aquí una bodega de recursos para combatir la mentira que naturalmente un joven rechaza. Pero creo que es materia para la siguiente reflexión, cuando hablemos de *Narciso*. Cabe por ahora rescatar que estas “apariencias” materiales que a un joven le permiten festejarse y demostrar al mundo su éxito, son más bien una evidencia burda de una actitud humana que se hace presente en otros campos más determinantes para la vida del hombre, y que si bien pueden mostrar su grandeza terminan por poner en evidencia también sus miserias. Convengamos que lo “aparente” a nivel de la imagen se mueve con los mismos principios en otras realidades del quehacer humano, y traen con el tiempo aparejado grandes sufrimientos.

“Prometeísmo” es llamada una ideología que hoy se encuentra muy arraigada en la humanidad, y consiste en una visión que descansa absolutamente en las potencialidades humanas para desentrañar enigmas y resolver conflictos; los descubrimientos y logros alcanzados geoméricamente por el hombre demuestran que no necesita límites porque no los tiene; y cuanto menos los tenga más velozmente va a poder avanzar y evolucionar. Afuera, pues, la ética, la moral, las leyes que regulan no sólo los comportamientos sino también las investigaciones.

Si necesito apurar un diagnóstico y hallar una cura, qué importa si experimento con seres humanos. En campos como el de la economía, este engaño sutil hace más daño aún. Se piensa que cuanto más crezca una empresa y más ingresos alcance, será mejor para todos; pero no se dice que se utilizaron trampas para hacer más dinero, y, sobre todo, que los beneficiados son sólo algunos, y que además de haber más riqueza paradójicamente hay más y más pobres. ¿No te llama la atención con qué facilidad surgen argumentos que justifican enriquecimientos ilícitos, con qué facilidad escudamos a los que obtienen sospechosamente éxitos, y a las víctimas que terminan padeciendo las consecuencias las condenamos o terminamos afirmando que “algo habrán hecho”, o “en algo se habrán equivocado”, o, lo que es peor, las terminamos haciendo a un lado como si se tratara de una molestia para nuestra existencia? Ocurre que de alguna forma vienen a molestar nuestra conciencia.

Por otra parte, detrás del encandilamiento de tecnologías que hoy están en apariencia al alcance de todos, hay también cada vez más gente manipulada, que piensa menos y, por lo tanto, es más vulnerable, dócil y manejable. Desafortunadamente *Prometeo* no ha bendecido a todos sus hijos por igual. La falacia principal con que hoy se argumenta está en la mencionada confusión entre *desarrollo* y *crecimiento*,

entendiendo “crecimiento” como incremento económico, político, tecnológico, científico, etc., es decir, aumento de *poder*.

La tendencia prometeísta pone en evidencia la inversión de los valores, y tiene la capacidad de justificarse y asentarse a través de medias verdades; esgrime conceptos con formas de valores, consiguiendo así confundir a mentes tomadas por sorpresa. La fuerza con la que opera radica en la mentira (embadurnada en las “entrañas” de la verdad, de modo similar al ardid de *Prometeo*).

¿Logran ver de qué manera las apariencias pueden mostrar lo contrario a lo que algo “es” en realidad? El mundo de hoy engaña (e inocular un veneno que simplifica este proceso de engaño) en los espíritus, especialmente en los más vulnerables y los que están en formación. A esta verdad se la puede intuir, pero hay que ser muy valiente para aceptarla y seguir sus consejos; porque se encuentran ustedes ante una realidad que pareciera superarlos. Se sienten en inferioridad de condiciones y llevan las de perder. ¡Pero no es así! ¡Es lo que les quieren hacer creer para convencerlos!

Pareciera como si *Prometeo* tuviese predilectos y bendijera a unos sí y a otros no; al menos es lo que se desprendería de esta concepción que analizábamos. No obstante, considero que mirándolo así estamos cayendo en la trampa de lo simple. Leyendo el mito más en profundidad para comprender una actitud y sus móviles podemos percatarnos que la clave está en aquello que calificamos como “dioses”; si no señalamos correctamente nuestras idolatrías terminamos rebelándonos contra lo que no debíamos.

e) Las idolatrías de la modernidad

¿Qué es lo bueno de la actitud de *Prometeo*? Le hace frente a adversidades aparentemente insuperables con viveza e inteligencia. Para comprender mejor esto, demos vuelta los argumentos mentirosos. Los dioses son las mentiras de los soberbios que quieren utilizarlos para sacar de ustedes provecho, para llenarse los bolsillos de dinero, para vivir bien, para conocer más y tener más ciencia (algo que otorga más poder... pero para un grupo de privilegiados), que les lanzan como si fueses perros enjaulados los restos de sus descubrimientos tecnológicos y así deslumbrarlos, mientras se guardan para ellos los más importantes, aquellos que les permitirán seguir ganando más y más poder. Esos son los “dioses”, que para no ser molestados por ninguna mente crítica van a buscar embriagarlos y dejarlos contentos con simples migajas. *Prometeo* les hizo frente y animó a los hombres a seguir su ejemplo.

¿Qué son para ustedes estos “dioses”? ¿quiénes son? ¿No son más bien los tantos “fantasmas” que andan rondando pesadamente nuestra existencia, asediándonos, señalándonos nuestras miserias y puntos vulnerables para apelar a ellos como únicos posibles protectores? ¿No son aquellas insinuaciones que quieren halagar su oído alabando sus capacidades, logros, y todo aquello que alimenta su ego? Porque así parecieran actuar: por el miedo y el temor, o por el halago.

Prometeo es un modelo a seguir para la humanidad en su carrera a ser como dioses. Naturalmente, y a diferencia del resto de los seres vivos, el hombre está llamado a ser “grande”; pero su grandeza no puede estar constituida por el afán desmedido de poder sino, más bien, en sus “gestos”. En los antiguos griegos la nobleza de los actos marcaba la grandeza de sus héroes: salvar a un pueblo entero de una amenaza (como

Heracles cuando vence a la *Hidra* asoladora), asistir al huérfano o a la viuda, proteger al pobre e indigente (pruebas con las que los dioses suelen solicitar a sus guerreros)... dar la vida por un amigo o los compañeros de misiones.

Un ejemplo de cómo comprendían los griegos este sentido de grandeza ligado a la nobleza, está en uno de los tantos ejemplos que narra Homero en su *Odisea*: la fidelidad de la esposa de *Odiseo*, *Penélope*, prototipo de la integridad de carácter de la mujer griega, quien durante su ausencia en Ítaca durante veinte años supo soportar el acoso de reyes y valiosos pretendientes ambiciosos del reino haciendo tiempo, tejiendo y destejiendo.

El robo del fuego puede ser quizá leído como un gesto de altanería. Sin embargo, representa también el ejemplo que invita al hombre a superar siempre los obstáculos que se le interpongan, inclusive a superarse a sí mismo, a continuar adelante y no darse por vencido ante los retos que se le crucen en la adquisición del *poder*; aun al precio del propio dolor. Según sea la lectura, el atrevimiento podría significar una insolencia y presunción, como también el sentido de dignidad y de la frente en alto; es decir, termina representando las dos caras del *orgullo*. En todo caso, dependerá de la intención anidada en el corazón, y del fin que persigue. Dependerá de la bondad o la maldad del corazón que se anima a dar el salto (más que el paso) asumiendo los riesgos. Incluso cabe agregar que, al “jugarse”, *Prometeo* arriesga su propia integridad: primero, en la misma acción del robo; luego, su dedicación al hombre le significará el suplicio padecido en su hígado.

Podríamos concluir que lo que puede llegar a perder al hombre es su “afán de poder”, el cual no lo lleva a medir las

consecuencias de sus acciones, por más lógicas que encierren sus decisiones.

“*Prometeo*” significa astucia e inteligencia, independiente de la valoración moral que le concedamos; su acción mira hacia el futuro de manera previsor, para bien o para mal, sin dejar espacios para la ambigüedad. La inteligencia es capaz de llegar más lejos, y todo lo que genere estará signado por un desarrollo que incumbe a todos y que permita al hombre crecer integralmente. El riesgo está signado por una previsión de crecimiento, que convierte en fines aquello que no son sino medios; no se discierne. Tal vez, en última instancia, lo que solemos condenar de la actitud prometeica no esté representado en este Titán, sino en su hermano, *Epimeteo*, quien actuaba sin pensar primero, o cuando pensaba ya era demasiado tarde. Múltiples sufrimientos de la humanidad tienen su origen en acciones que aparentan ser buenas en lo inmediato... y después nos percatamos del error, pero ya parece ser tarde. Y, mientras tanto, como por efecto multiplicador se continúan llevando a cabo otras nuevas. Es así como se instalan en el obrar humano la “sensatez” y la “necedad” (o “insensatez”).